

Valladolid: Las Arcas Reales

Padre Pedro José Ynaraja

Corrían los años sesenta del siglo pasado y atravesaba yo el ecuador de mis estudios teológicos. Faltaba poco para empezar a recibir órdenes sagradas y crecían las inquietudes entre nosotros, las pocas que se nos permitían en el seminario de aquel tiempo. Un buen sacerdote anciano, nos dejaba leer números atrasados de la Revue L'Art Sacré, de Cerf, que devorábamos los cuatro o cinco compinches interesados. Nuestras decisiones se reducían a cuestiones tan concretas, sencillas y próximas a nosotros, como el diseño de casullas y albas que pronto esperábamos llevar. Pero en otras ocasiones se trataba de asuntos más solemnes. Las asombrosas fotografías de la capilla de Nôtre Dame du Haut, construida por Le Corbusier, en Rochamp, nos deslumbraban. No eran tiempos de viajes al extranjero, aptos solo para privilegiados ricos. Disfrutábamos, pues, viendo las preciosas fotografías en b/n y soñando. Ahora bien, simultáneamente a la nombrada, una revista del país nos dio la noticia de un templo sorprendente edificado en Valladolid. La cosa cambiaba, la idea de visitarla entraba dentro de mis posibilidades.

DOMINICOS

No tardé mucho tiempo en viajar a aquellas tierras, que eran precisamente en las que yo había nacido, también mi padre, mis abuelos y muchos antecesores. Fuimos, como era habitual, a pie desde Matapozuelos, su lugar natal, hasta la sencilla y piadosa ermita de Sieteiglesias, sitio este de devoción familiar. Nos trasladamos más tarde a la capital y allí cogimos un taxi, la iglesia estaba lejos. Se trataba del noviciado, creo así, de los dominicos, en Las Arcas Reales, a las afueras de Valladolid. Al acercarnos empecé a temblar. Cuento el motivo. Mi padre, mis padres, eran fieles cristianos de misa diaria. Devotos los dos de sus tradiciones. El templo que íbamos a visitar, lo sabía yo muy bien, era muy diferente a los que ellos habían visto hasta entonces. Temía que me reprocharan los trastornos que había supuesto ver aquello. Entramos en el recinto y nos mantuvimos en silencio, mucho más yo. Al cabo de poco, mi padre dijo: esta es una iglesia para decir misa. Lo dijo serenamente, sin enojo. Había acertado, recobré la paz y me decidí a comerme con los ojos lo que hacía tanto tiempo deseaba contemplar. He contado esto para que se entienda, desde el principio, que mi reportaje lo escribiré con pasión.

FISAC

Miguel Fisac, el arquitecto, apreciaba el cemento portland, ya lo sabía y a mí también me gustaba con delirio. Tres cosas me sorprendieron al momento. Primero que los muros laterales eran de ladrillo, como lo eran los de tantas casas de la población. Que tanto casi era el grueso de la argamasa, como el de la pieza cerámica. De inmediato pensé en el Castillo de la Mota, edificado así. Segundo, y esto me parece es imposible reflejarlo fotográficamente, que el suelo era ascendente. Se elevaba suavemente desde la entrada hacia el presbiterio. Atraía la vista hacia el espacio de la celebración eucarística, elevaba el corazón. En tercer

lugar, ya lo sabía de antemano, que el altar y la pared que lo abrigaba estaban perfectamente iluminados, sin que se supiera de donde procedía la luz, sin que deslumbrase tampoco. Esta pared era de piedra blanca, caliza muy común en la comarca, era suavemente curvada, sin llegar, ni mucho menos, a la redondez de un ábside románico. Abrigaba la luz sin escupirla.

SOBRIEDAD

Todo el conjunto transpira sobriedad. Uno recuerda entonces abadías cistercienses dotadas de la misma cualidad. Sobriedad es austeridad, no pobreza estética. Lo digo porque esta impresión la tiene uno, visitando recintos surgidos de la Reforma. Copio ahora, "Esta iglesia, escueta, esencial, y de rotunda y magnética espacialidad, le valió a Fisac su primer reconocimiento internacional al obtener en 1954 la Medalla de Oro de la exposición de Arte Sacro de Viena". A uno no le extraña este y otros muchos galardones que recibió el arquitecto. He hablado de él con gente que le conoció. Que trató como compañero, arquitecto uno, empresario el otro, que precisamente le encargó dos edificios destinadas a fábricas de pieles, en la ciudad de Vic. Los dos se refirieron a él como un genio en sus proyectos y un hombre íntegro en sus convicciones personales y religiosas.

VOLVER

Hace pocos meses que volví a visitar la iglesia. Lo hacía ahora con mayor conocimiento. Observé que, de acuerdo con las realidades litúrgicas de la década de los cincuenta del siglo pasado, no existiendo la concelebración, se precisaban los altares laterales, en este caso discretamente dispuestos. (Lo digo sin ignorar que el día de la ordenación, el presbítero, en la misma misa, concelebraba con su obispo). Ya he dicho que la principal iluminación le llega al presbiterio por los lados. La disposición de los muros le tapa las superficies de vidrio por las que penetra la luz. No hay, por tanto, preciosas vidrieras como en el gótico o como las que he comentado de la basílica de la Sagrada Familia en Barcelona. Pero si uno desde el altar mira hacia atrás y al techo, que tampoco es un plano horizontal, observa unas discretas ranuras adornadas por vitrales, permiten que el conjunto no quede a oscuras, aunque el alumbrado siempre sea inferior al del presbiterio, lugar fundamental del recinto. A la labor arquitectónica acompañan las de artistas escultores que han sabido adaptarse perfectamente al conjunto. Copio los nombres: Jorge Oteiza (Sto. Domingo en el exterior del ábside); José Capuz (Grupo escultórico en el interior del ábside); José M^a Labra (Vidrieras de la Iglesia).

COLEGIO

El conjunto actual es un colegio, nos lo advirtieron para que llegáramos fuera del horario escolar. Nos acercamos buscando la puerta y un timbre. No lo vimos. Como nada nos lo advertía, nos atrevimos a entrar en dirección a la iglesia. Los pasillos estaban totalmente desiertos, por fin vimos una puerta abierta y en el interior de la habitación gente reunida. Nos miraron sin suspicacia. El que debía ser el dirigente, se levantó y nos preguntó que buscábamos. Me presenté y le expliqué cuál era mi propósito. Con mucha amabilidad nos dijo que estaba reunido, como ya habíamos

observado, y que le era imposible acompañarnos, que nos metiéramos por donde quisiésemos. Estaba muy ocupado, pero accedió a responder a alguna de mis preguntas. Era un colegio cristiano, dirigido por seglares que también lo eran, con sencillez me dijo que él era padre de varios hijos a los que había bautizado y educaba en la Fe. La orientación pedagógica de la institución también lo era. Tampoco era exclusivamente para gente rica. Se veía a la legua. Volvió a repetir que lamentaba mucho no poder atendernos, que mirásemos lo que quisiésemos, que tocásemos lo que nos diera la gana, también fotografiar con plena libertad.

Si me irrita que exijan pagar entrada en tantas iglesias de menor categoría y en consecuencia, casi nunca las visito o me refiero a ellas, me asombra y admiro la atención tan amable con la que nos atendió aquí el director, que en aquel momento estaba reunido con su staff. ¡Qué gran testimonio cristiano el de este dirigente y su institución!